



## Dossier El Legado de Pampa Arán Ensayo

E-ISSN 2718-7268

### Pampa Arán: un cronotopo llamado *páginas de aula*

Gómez Susana M.(Suny)

[susana.gomez@unc.edu.ar](mailto:susana.gomez@unc.edu.ar)

Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades,  
Universidad Nacional de Córdoba

Centre de Recherches Latinoaméricaines-Archives, Université de Poitiers,  
Francia

Susana M. Gómez (Suny) Es Doctora en Letras (UNC), y Profesora Titular Plenaria en Teoría y Metodología II y en el Seminario de Literatura para la Infancia y la Adolescencia, FFyH-UNCórdoba. Dirige el equipo de investigación KHORA: Topologías de la Investigación en Literatura y sus Fronteras (CIFFyH-UNCórdoba). Es Responsable Científica del Fondo Julio Cortázar en el CRLA-Archives, U. de Poitiers, Francia. Ha publicado trabajos sobre Julio Cortázar, Semiótica, Teoría Literaria y Teoría del Archivo.

Mi ensayo, casi literario, busca reconstruir aquello que caracterizó a Pampa Arán en sus clases. Intento, desde una mirada semiótica, transmitir la creación de sus *páginas de aula*, que produjeron lo que entiendo como una cronotopía pedagógica que aún hoy motiva la cátedra que fundó: Teoría y Metodología Literaria II, de la Escuela de Letras, en la Universidad Nacional de Córdoba. Nos guía la palabra de Bajtin, así como una operación sobre el sentido que se detiene en un gesto de enseñanza dialógica.

### Pampa Arán: un cronotopo llamado *páginas de aula*\*

*Entre la escritura  
y el silencio  
ese artificio incerto,  
el lector.*

*Marcelo Torelli (El mago y  
otros poemas, 1988)<sup>1</sup>*

1 Cuando cursamos Metodología del Estudio Literario II, fuimos compañeros con Marcelo poeta luminoso, ya enfermo. Pampa lo alentaba mucho; por esas cosas de la experiencia de cursada, es imposible no recordar ese año sin su presencia.

\* En cursiva, se leerán aquellas frases que logró recordar y que aún me resuenan con su voz, de las clases compartidas.



## Dossier El Legado de Pampa Arán

### Ensayo

Un aula es un lugar discursivo. Si observamos lo que sucede en ella, antes que escuchar, miramos.

Un aula es un lugar, un *locus*, donde se dice eso siempre precario porque está abierto a lo común. Aquello que discurre en un aula es un sentido que adopta un lugar, por un instante en que se posa, capta todo lo decible y debe irse, irremediablemente.

Un aula es un lugar en que la palabra “clase” debe ser una intervención sobre el pensar y el sentir en lo que conocemos. Ello, porque nos supone ser lectores y partícipes de la producción de sentido de lo social a través del propio conocer. En un aula notamos gestos, rostros, vestiduras y atavismos, gestos del amor -y hay tantos tipos de amor en un aula- y, a la vez, reconocimientos de que estamos de paso. Además, allá afuera, donde viven los discursos sociales, hay un saber no letrado, fuertemente ruidoso, que nos recuerda que la calle y la plaza pública, que los rincones de un pequeño pueblo y los atrios de tanta reunión comunitaria pueden llegar a transmitir un saber más amplio que el legitimado por las academias. Así es como ejercer la docencia comparte con quien escribe literatura esa capacidad de escucha, necesaria, inequívoca.

Por ende, el aula resulta ser permeable a lo que viene de afuera como si fuera una íntima visita a una tarea artesanal –aunque nos denominemos científicos- de análisis de pormenores argumentales y de cocinas de escritura. *Esclarecer el texto* resuena en el estudiantado como un enunciado que en principio parece un mandato metodológico, cuando no tendría otra orientación que la de aprender a escuchar el retorno enunciativo que constituye a la literatura: aquel en que *ha lugar* entre la memoria de los discursos epocales y las disputas -a veces alegres o irónicas- por el sentido en su historicidad inexorable.

Si pensamos el aula como un lugar discursivo, es inevitable recordar que su metáfora etimológica es la del río que nunca se semeja más que a sí mismo ni se detiene mientras deviene idéntico en cada golpe en las piedras y se sintetiza en cada brillo en la luz, pero no alcanzamos a verlo con agudeza porque el agua no puede asirse. Paradojalmente, estudiamos los discursos en sus materialidades jamás inertes, portadas por *sujetos con voz* (como sabemos que Bajtín lo dijo).

Una identidad fluctuante de las subjetividades flota en el aire, se eleva por encima de los nombres propios, de las funciones-autor y de los apodos, incluso de quienes llevan “nombres de cosas”, ya sea por raigambres familiares o por filiaciones culturales demasiado evidentes como para pasarlas por alto porque estallan a la vista de todos. “Mi nombre es Pampa Arán, y bueno, ya habrán oído hablar de mí”, solía decir al presentarse. Lo hacía como una lectora más de las novelas, interrogante de los rostros que asistían a sus clases, reconociendo orígenes, dificultades, pasiones y prácticas heredadas; con una simple mirada interpretaba los rostros.<sup>2</sup>

Por lo mismo, me pregunto si se puede hablar de una mirada vuelta hacia el rostro, pues la mirada es conocimiento, percepción. Pienso, más bien, que el acceso al rostro es de entrada ético. (Lévinas, 2015, p.71)

En el discurrir de las clases lo que fluye no es el tiempo cronológico o la causalidad, sino el estar-siendo. El tópico del río que fluye en sus enunciados responsivos -ya nunca adánicos, con perdón de Lilith y de Eva-

<sup>2</sup> Tan literario su nombre propio, y que siempre nos comentara que también se llamaba Olga porque los padres quisieron recordar a alguien querido.



## Dossier El Legado de Pampa Arán

### Ensayo

asegura un orden de los saberes donde se entrevera la literatura más ardua que esquiva los rótulos. Enseñar en un aula de literatura implica asistir a la creación *nevera ex nihilo* del cronotopo pedagógico que hace memoria de un espacio institucional reglado y regulado pero que también vuelve zona de disputas ideológicas y afectivas a los tiempos que llegan desde su porvenir.

El tiempo humano (es decir, la Historia) se lee en el espacio y en las cosas, como señalaba Bajtín, añadiendo que el tiempo era la cuarta dimensión del espacio (1989:237). Por lo tanto la cronotopía como concepto entraña la pretensión de asir el tiempo humanizado, o mejor, sus huellas, en su materialidad espacial concreta, en un paisaje urbano, en una fotografía, en el interior de una vivienda. (Arán, 2007)<sup>3</sup>

Entonces, nos preguntamos si es posible hacer esa traslación de la idea de cronotopía a las aulas que compartimos con Pampa por casi diez años -1998 a 2007-, a la cual sumaría mi cursada onettiana guiada por Genette -1987-, donde me sentía perdida con tanta retórica. Años después, los motivos cronotópicos de la pedagogía se vuelven literarios: leer literatura asevera que los lugares del decir poético no son otros que esas huellas a las cuales volvemos jurándonos que encontraremos en ellas los días que nos cincelaron. La conversación pedagógica requiere de un aquí-ahora dialogal, confrontativo, pero como es imposible volver a vivir los momentos del aprender, la huella que se archiva en nosotros sobrevive más que lo aprendido. ¿Qué aprendimos con Pampa, en esas clases cronotopías? Todo aquello que no estaba en el apunte, ni en la fotocopia, sino una actuación sobre nosotros a través de una *operatoria crítica, indelegable* -marcaba este adjetivo con énfasis-, que luego se podía entender como un saber y un saber-hacer.

Con esta idea podremos afirmar que desde Pampa, las teorías deberían reclamar su estatuto de praxis, del procedimiento nunca alejado de nuestras cronotopías biográficas. En el ejercicio de la crítica, pensar juntos fructifica al encontrar el proceder con el cual describimos algo que ya deja de ser una mera “cosa” cuyo nombre propio, rótulo, cartelito, sea una entrada de diccionario. Pampa señalaba claramente la diferencia entre diccionario -una semántica de la lengua siempre arcaica e infatigablemente nueva- y un glosario -lo hace cualquiera, en sus apuntes pueden anotar sus propios glosarios conceptuales porque es un listado y un repertorio de las palabras que me llevan a un saber específico.

Sin embargo, nos está faltando explicitar que todo gesto teórico implica un gesto de enseñanza. Describo un detalle de sus clases que me fue resultando revelador al continuar con la cátedra: con un ademán preciso apuntaba a la mesa, señalando algo situado en un espacio invisible, al que me atrevo a llamar “página de aula”, apenas debajo de su mirada y sobre el aire de sus papeles, tan ordenados en la mesa de la cátedra. Ese mismo gesto delicadamente era concretado en una reunión de consulta y de planificación, aunque también lo vi en una conferencia o una charla de café o en el Box 4 de Letras. Si observábamos con cuidado y atendíamos a ello, nos iba quedando en la mente su didáctica aérea, leve en su sencillez pero densa en la colocación de los objetos en ese espacio que le daba sentido al momento de la explicación y sólo a ese, singular y -como la lectura- único

3 “Producción cultural de cronotopías. Apuntes para desarrollar una categoría de investigación sociosemiótica.”, VII Congreso Nacional y II Congreso Internacional de la Asociación Argentina de Semiótica (2007). Por ser una versión sin publicar, de la propia ponencia, no coloco números de página.



## Dossier El Legado de Pampa Arán

### Ensayo

e irrepetible. Pasaba las páginas invisibles, ordenaba y dirimía las nociones, ponía ideas al costado y luego las retomaba desde ese preciso punto del borde de la mesa.

La *página de aula* podría describirse, pues, como una línea de flotación temporalizada por su carácter de acontecimiento conceptual, en la cual parecieran escribirse las ideas que se señalan con el dedo índice y quedan ahí para ser tomadas y llevarlas en su levedad o a veces, su incomprendición, a la hoja de cuaderno de sus infatigables escuchas. La *página de aula* no aparece en ningún archivo material, sino en la memoria de cada estudiante o de una profesora asistente (al comienzo sólo hacía eso: asistir, a veces le buscaba el café, repartía las fotocopias de las consignas, anotaba los nombres rusos en el pizarrón, pero no podía pasar delante de esa imaginaria página, ni apoyar encima el vasito, faltaba más). Tengo por ello recuerdos de *páginas de aula*, guardadas en desorden de mi biografía docente que, impredecibles, aparecen frente a mí en mis clases; las despiertan mis manos y mi mirada, repitiendo los lugares de la enseñanza gracias a ese sentido que busca su cronotopía pedagógica. Surgen de mí aunque no alcanzo a narrarlas como un recuerdo, sino a usarlas como una posición en la cual coloco los objetos de la clase: nociones, interrogantes, afirmaciones y citas, en unos gestos que claramente son míos, pero cuya filiación semiótica viene de un aprendizaje y de una búsqueda en los maestros de un modo de habilitar sentidos a lo que las palabras no logran decir y que, para mayor dificultad, no está escrito, ni aparece en la bibliografía, ni tiene repertorio asignado por otros. Esa *página de aula* es *inaudita, irrepetible*; vive en el corto lapso que contiene su propio discurrir: se despliega en su acontecer para darle al sujeto que habla en una clase un sitio donde apoyar el pensamiento. Ofrece generosamente aliviarlo de las abstracciones montañosas o de la arbitrariedad de la lengua, que nos suelen resultar impares para lo que se necesita definir o quizás porque el momento de la discusión acentúa su relatividad. En las Ciencias Humanas, la voz y los gestos son los recursos que concretizan la falta -ya no el deseo de ello- de aquello observable según las epistemologías ratificadoras y demostrativas.<sup>4</sup>

No estamos pensando en algo del orden de lo espiritual o de una sustancia, sino de un proceso puramente material de producción de sentido que puede ser interpretado como un discurso políglota y cuyos anclajes significantes son espacios temporalizados (lugares), de gran densidad semiótica. (Arán, 2007)

¿Cómo hacer notar aquello cuya materialidad es resultado de una heurística interpretativa y de la cual sólo la letra es testimonio? Y así, a veces casi lográbamos, como decía ella, intentar eludir la pelea con el significante (*y no me vengan con Lacan, que no es lo mío*). La *página de aula* se impone en su dimensión imaginaria, biográfica y absorbe la entonación con la cual el género discursivo de la disertación terminaba siendo la charla abierta para un después/allá. Las fronteras de la clase, entonces, se desplazan desde el discurso de la disertación al discurrir dialógico, porque de este modo se puede ser parte de un pensamiento que nos sitúa en el tiempo en que vivimos pero nos constituye por la experiencia histórica del pensar que nos toca.

4 En este punto me veo en la necesidad de comentar que mi sordera, con la obvia dificultad para tomar apuntes porque me distraigo, me dejó casi sin anotaciones de clase de esos años, ni de cursada ni de colega. Creo que esta idea de las páginas de aula devienen de mirarla hablar, haciendo el esfuerzo de imaginar con ella ese espacio tan etéreo pero tan concreto y firme donde pareciera quedar todo. Al tomar el relevo, aún hoy, percibo ese sentido -una especie de semiótica- dado a aquello que no vemos, un inobservable entre los conocimientos inobservables a que las Humanidades nos obligan a defender como un saber y una epistemología posible. *Son Humanidades porque las enseñamos*, decía Pampa de vez en cuando.



## Dossier El Legado de Pampa Arán

### Ensayo

La *slovo* – me levanto a escribirla en la pizarra, tantas veces cada año- aquella que buscamos con esfuerzo en las novelas, avanza sobre el atavismo de los extranjerismos en la lengua teórica. Nos resulta finalmente insuficiente para señalar el horror, para aludir a lo inimaginable y para buscar a esos personajes que son hablados por lo social desde los abismos imaginativos que la novela sobre la dictadura cívico-militar-eclesiástica nos estaba mostrando. Buscar a *esa mujer en cuestión que no es otra que todas las Evas* de Andruetto, o ver cómo caen los mosaicos de la parroquia de *El secreto y las voces* de Gamarro insistiendo en el tópico del hijo no tan pródigo, ese muchacho que parece no poder pensar atónito, el personaje mediocre de *Dos veces Junio* de Kohan, que descubrió la figura de la patria-paternitas y con ello el cronotopo del mandato familiar -tan bifronte y superlativo como los monstruos de la tradición en que *cada siglo tiene su hora inhumana en este país*-, como supimos compartir en ese libro que se llamó *Interpelaciones* (2006). Rescato esta serie de corpus porque fue un punto de quiebre en la enseñanza de la teoría, caracterizada por una preocupación que excedía los lugares comunes y desdoblaba la crítica en una responsabilidad ética compartida con las cohortes que pasaron por esas novelas, todo un atrevimiento hoy difícil de concretar en la actual situación de las Universidades Nacionales.

Apelar a la sensibilidad estética -su contenido, su material y su forma- para construir los andamiajes en los cuales subirnos a leer la literatura argentina se oye en las clases de Pampa como un llamado a crear, en esa *página de aula* invisible, la espacio-temporalidad en que se anuncia el sentido del pensar teórico y epistemológico. Leer la literatura para saber leer la teoría, nunca a la inversa, por que eso lleva a la prédica y a suponer que la novela sería una mera transferencia que obviara la vicisitud cotidiana de un escritor o escritora que lucha con la expresión, que se enfrenta a los fantasmas de la lengua -legítima, también la literaturizada-. Y si la realidad histórica e ideológica se vuelve un río en creciente, *porque arriba llovió y no lo vimos venir*, como críticos no nos queda otra que callar para escuchar la novela. ¿Cómo enseñar eso a un grupo a veces distraído, a veces apasionado por el despertar que supone aprender en Letras, que se queja por una fecha de parcial para disimular una fuerte insuficiencia de escritura, sintiendo precarios al conocer y a la comprensión? Callar la letra crítica requiere de una tal fortaleza, a veces imposible de concatenar con las exigencias académicas: *no es que no sepa, es que no le alcanza para lo que está pensando*. Hacer silencio de escritura como ejercicio que consiste en intentar escuchar los simultáneos presentes en que vivimos como lectores. Sin eso, no hay horizonte crítico pero sin esa línea delante nuestro no es posible responder a la obra en el caminar de la cultura.

Una topología de la teoría literaria se fue creando completa y compleja en las páginas de aula de Pampa: caminos en encrucijada donde se cruzaban violentamente las obras y los conceptos, rulos metodológicos, la búsqueda de metáforas y de ejemplos al paso desde la cotidianidad o del diario del día: *esto es interminable, gente*, o el recurrente aviso de *es una noción que no se queda quieta*.

La noción de cronotopía entonces (más que el cronotopo puntual) puede funcionar como categoría de análisis semiótico que se aplica toda vez que interpretamos las formas retóricas de intervenciones o prácticas colectivas que se inscriben en un espacio público, un locus y le dan su fisonomía móvil. (Arán, 2007)

En tiempos en que lo público resuena en paradójicas desobediencias, que sostenemos como una in tranquilidad necesaria para ofrecer algo más que una mera literalidad, aprender a pensar la investigación, la crítica y la enseñanza en términos de una cronotopía es la tarea que percibo que nos ha legado. No porque esté inconclusa, sino porque se nos impone. La literatura y la comprensión de lo humano residen en su insoslayable



## Dossier El Legado de Pampa Arán

### Ensayo

rehacerse, en su historicidad incesante pero también en su invisible espacialidad teórica, aquella que ya ha subsumido a la Historia, la ha narrado y por ello la ha dejado inscrita para una legibilidad futura.

### Referencias Bibliográficas

- Arán, P. (2007). “Producción cultural de cronotopías. Apuntes para desarrollar una categoría de investigación sociosemiótica.”, VII Congreso Nacional y II Congreso Internacional de la Asociación Argentina de Semiótica (2007) -copia personal de la autora-
- Bajtín, M (de. 1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid, Taurus
- Lévinas, E. y Díez, J. M. A. (2015). *Ética e infinito*. Antonio Machado Libros. Recuperado de: <https://www.perlego.com/book/1914780> (Accessed: 16 December 2024).
- Torelli, M. (1988). *El mago y otros poemas*, Ediciones Mediterráneas, Córdoba